

DESAMPARO

Padre *Pedro José Ynaraja Díaz*

Se ha hablado y escrito de la soledad de los ancianos alojados en residencias. Repito que no todas son igual. Por los medios se divulgan nombres, no entidades responsables. No oculto la admiración que siento por el Cottolengo al que me siento vinculado y doy gracias a Dios que me haya posibilitado colaborar con él. A más de un enfermo he oído decir: esto es el Cielo. Lo agradezco a Dios y a las religiosas que me invitan a celebrar misa en vacaciones los meses de verano. Y no es por prestar un servicio caritativo, no. Lloro de emoción al ver la alegría y felicidad de su devoción y la ayuda que se prestan entre ellos. (A fuer de ser sincero, me refiero a los adultos, ellos y ellas. El cuidado de los pequeñitos, de los incapacitados, es pura Caridad).

Los ancianos, más que soledad es desamparo lo que sienten y no debe extrañarnos. Generalmente, se llega a esta situación como consecuencia de una vida carente de amistad. En nuestra cultura la relación es simple camaradería, es estar de acuerdo para jugar al tenis juntos, o viajar unidos. Celebrar cumpleaños o diplomas, organizar fiestas, pasar las tardes libres juntos. Vivir distraídamente, sin amistad comprometedoras. Llega el día que no se puede jugar a la petanca o viajar a un país lejano unidos. Se ha charlado mucho, pero hablado poco.

En la residencia se recuerda la niñez, la suya, la de los hijos cuando eran pequeños o las de los nietos. Se sufre un dolor inesperado que difícilmente se puede aliviar, es la nostalgia.

Se enviaban postales o recientemente wapsaps, nunca cartas. Antiguamente el cartero repartía mañana, mediodía y tarde. Por escrito se confiaba lo que de palabra se era incapaz de decir.

León Bloy, mi querido ogro místico, se encontraba diariamente en París con su amada y diariamente se escribían lo que no habían sabido decirse de palabra.